

Borges, doctor honoris causa de la Universidad Nacional de Cuyo

Jaime Correas¹

244

El tan mentado doctorado honoris causa que Borges recibió en la Universidad Nacional de Cuyo se me ha cruzado a lo largo de los años de muy inesperados modos. En ese entramado de pistas que se desplegó azarosamente ante mí he ido encontrando correspondencias sugestivas y las he perseguido hasta atrapar algunas. He coleccionado alusiones, documentos, testimonios, fotos, recortes y siento que, a sesenta y cinco años de aquel hecho sobresaliente de la cultura de Mendoza, vale la pena darles un orden o aceptar que en su desorden residen entrañables señales de la vida del escritor cuya celebridad transforma aquellas jornadas en historia literaria. El ser egresado de Filosofía y Letras me pone en contacto directo con aquel hecho distante.

Quizás sea necesario situarse en el lejano 1956 y valorar lo que ese gesto universitario de reconocimiento significó en al menos dos aspectos simultáneos. Por un lado, el personal de Borges y por otro, el político, por

¹ Academia Argentina de Letras.

las difíciles circunstancias que vivía la Argentina en aquellos años de la caída del peronismo y el singular papel que cumplía Borges como intelectual en la vida cultural de entonces.

Imaginemos una escena que probablemente sucedió así. Adolfo Bioy Casares camina entre paredes forradas de libros en su departamento de la calle Posadas 1650 y se cruza sin decir palabra con su mujer, Silvina Ocampo. Se sienta en un cómodo sillón frente a su escritorio y saca un cuaderno donde lleva un diario. Escribe en una página en blanco, con letra prolija, una de las entradas de 1956: “Viernes, 27 de abril: Borges está en Mendoza. Llega el martes”. Cierra el cuaderno pensativo, sin imaginar que después de su muerte esos escritos serán publicados en 2006 bajo el lacónico título de *Borges* (Destino, edición al cuidado de Daniel Martino). El grueso volumen registra con arbitraria minuciosidad la amistad de los escritores desde 1931 hasta 1986, cuando muere Borges. Bioy seguirá con sus anotaciones hasta 1989.

245

Hay una entrada más del diario que interesa para esta reconstrucción de circunstancias: “Martes, 1º de mayo. Me levanto temprano, para buscar a Borges, que llega de Mendoza. Tanto él como su madre parecen muy conmovidos porque Silvina y yo hayamos ido a esperarlos. Me dice que en Mendoza como en Tucumán, en Santiago del Estero, en Córdoba y aun en Pehuajó, es inevitable que un joven se le acerque a uno y le pregunte con expresión intensa: ‘¿No cree usted que el escritor no debe resignarse a repetir la nota cosmopolita, sino que debe bucear en lo regional...?’. Dice también que oyó la palabra *cajonario*, por *de cajón*.”

Nada agrega Bioy de los motivos del viaje a Mendoza, sólo la alusión al explícito rechazo de ambos a la pasión regional de los jóvenes provincianos y la curiosidad lingüística del uso de una palabra que lo asombra.

Sin embargo, el viaje al que alude el autor de *La invención de Morel* tiene fuertes ecos no sólo para la historia cultural de Mendoza, sino también de la Universidad Nacional de Cuyo, de la Facultad de Filosofía y Letras y en la vida del propio Borges.

Quizás valga la pena recordar un antecedente de este episodio de 1956, pues pone en contacto a Borges con los inicios de nuestra universidad.

Edmundo Correas, rector fundador de la casa de altos estudios ha contado que para la puesta en marcha de la institución debió buscar docentes en el resto del país y en el extranjero. Para Filosofía y Letras lo asesoraron, según sus recuerdos, Ricardo Rojas, Ricardo Levene, Coriolano Albertini, Carlos Ibarguren, Rafael Alberto Arrieta y José Oría. Rememora Correas en 1987 en su artículo “Borges y la Universidad Nacional de Cuyo” publicado en la *Revista de la Junta de Estudios Históricos* que Oría y Rojas le recomendaron a Jorge Luis Borges. Se reunió con el posible postulante en el City Hotel de Buenos Aires y ofreció al escritor \$300 para encargarse de la cátedra de Literatura Española. La respuesta fue: “Es mucho, porque aquí solamente gano \$180 en una biblioteca municipal, pero no puedo aceptar, no soy catedrático, no sé hablar, apenas escribo algunas cosas insignificantes”. Correas insistió, incluso agregó el ofrecimiento de la cátedra de Literatura Hispanoamericana para hacer más tentadora la oferta en lo monetario, pero Borges se mantuvo firme y replicó que, con seguridad, los alumnos lo silbarían. El rector le recordó que Boileau argumentaba que cuanto se concibe fácilmente, se expresa con facilidad. “Yo le diría a Boileau -sentenció Borges- que macanea, que más de un sabio ha tenido que ampararse en las letras para dar a conocer su sabiduría”.

Correas no se dio por vencido y le ofreció hacer el ensayo de viajar a Mendoza y disertar sobre un tema que él eligiera. Borges le confesó que no conocía la provincia y ante el ofrecimiento de pasaje en avión o en ferrocarril, medio que le sugirió el rector, deslizó con sello inconfundible: “Creo -respondió Borges sonriente- que el paisaje no es muy variado: unas veces se ven cuatro vacas y un caballo y otras veces, son cuatro caballos y una vaca”.

De las dos anécdotas, la de Bioy y la de Edmundo Correas, se pueden rescatar algunos datos. Hacia 1940 Borges no conocía Mendoza, tenía dificultades para hablar en público y trabajaba en una biblioteca municipal por un magro salario. Dieciséis años después, siendo ya un notable conferenciante, viajó a Mendoza acompañado de su madre, doña Leonor Acevedo, quien por entonces intensificaba su tarea de colaboradora del creador, pues los médicos por aquel tiempo le habían recomendado no

leer ni escribir a raíz de los problemas de vista que se le habían agravado llevándolo a una casi plena ceguera.

No es casual, me animo a adelantar, que en el muy conocido volumen de *Obras Completas* de Borges de editorial Emecé, el grueso tomo verde que se publicara por primera vez en 1974 y en el que tantos hemos leído sus obras, en la solapa de la contratapa se lea: “En 1956 recibió el Primer Premio Nacional de Literatura y en ese mismo año la Universidad de Cuyo lo designó doctor *honoris causa*.” El texto agrega que también le dieron esa distinción “la Universidad de los Andes de Colombia, la Universidad de Columbia y la de Oxford”. Seguramente el propio Borges sugirió la alusión a Cuyo a sus editores como un dato que le interesaba consignar.

Su biografía y amiga, María Esther Vázquez en su libro *Borges. Esplendor y derrota* (Tusquets, 1996) apunta: “Los dones seguían cayendo sobre su persona; meses después de ser nombrado director de la Biblioteca Nacional, la Universidad de Cuyo le ofreció el doctorado *honoris causa*, en abril de 1956. Este fue el primero de una serie que recibiría a lo largo de los años de las más diversas universidades del mundo; por eso y por ser argentino, era el doctorado más apreciado por Borges y el único que recordaba”

Cuando leí esa sentencia no pude dejar de recordar una anécdota personal que he repetido hasta el cansancio, incluso por escrito, y que vale la pena repasar porque guarda estrecha correspondencia con otros indicios sobre la significación que tuvo para Borges aquella distinción.

Una mañana de sábado en 1983, rodeado de libros en la Librería de la Ciudad, en el corazón de la Galería del Este, a metros de la entrada al edificio donde estaba su departamento de la calle Maipú en Buenos Aires, lo escuché decirme con inconfundible sintaxis, cuando se enteró de que yo estudiaba Letras en la facultad cuyana: “Imagínese, yo, un hombre tan injustamente premiado, todavía sigo teniendo en primer lugar de mis preferencias el doctorado que me dieron en esa casi secreta Universidad de Cuyo. Claro, fue el primero”.

Gabriel García Márquez ha dicho que Borges es el poeta de los “adjetivos definitivos”, ejemplificando con los sonetos del ajedrez donde el

alfil es “oblicuo” y el rey “postrero”. La fórmula “casi secreta” para nuestra universidad es, en relación con la celebridad de las universidades que lo homenajearon luego, otro notable ejemplo de la sentencia del colombiano.

Fue en esta facultad donde hace años Emilia de Zuleta, ante mi interés por saber de aquel doctorado, me entregó una nota con su firma, diciéndome que algún día ese relato sería historia y que quería dejármelo testimoniado. Escribió Emilia: “Fue Félix ‘Grillo’ della Paolera quien sugirió la idea de conceder el doctorado ‘honoris causa’ a Borges. Amigo de Borges desde su juventud en Adrogué, fue también él quien le presentó a un talentoso boliviano, Marcial Tamayo, y a Adolfo Ruiz Díaz, quienes en colaboración escribirían *Borges, enigma y clave*.”

“La propuesta de Della Paolera halló entusiasta eco en el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Ángel Lapieza Elli, y en el rector Germinal Basso. Borges siempre recordó ese primer Doctorado y dejó amigos en Mendoza adonde volvió en diversas ocasiones acompañado por su madre Doña Leonor Acevedo y posteriormente, por su primera esposa Elsa Astete Millán.

248

“El acto de la concesión de este Doctorado, para ser comprendido en su significación plena, debe ser situado en su contexto; se trataba de una reivindicación del escritor perseguido por el peronismo en el ciclo abierto por la Revolución Libertadora representada por las autoridades universitarias antes mencionadas. Es también muy importante subrayar que fue a partir de ese momento cuando comienza la difusión pública de su obra -hasta ese momento patrimonio de algunas minorías- y de su personalidad de escritor.”

El testimonio de Emilia, con su reconocido don de maestra, ubica en el escenario político del momento, a los inicios de la autodenominada Revolución Libertadora que tomó como método el reincorporar a los echados por no haber adherido al régimen conducido por Perón, al tiempo que echaba a los peronistas. En una acción que, como ironizó Borges por allí, semeja a condenar el canibalismo comiéndose a un humano. Ordenanzas del rectorado de la Universidad de Cuyo de los primeros meses de 1956 dan cuenta de ese mecanismo de “depuración” tan condenable como los hechos que le habían dado origen.

Borges, por aquellos meses, había recibido el Primer Premio Nacional de Literatura, además de que se concretó su nombramiento como director de la Biblioteca Nacional. El doctorado en Mendoza completaba esa sucesión de hechos que pretendían hacer justicia con un escritor públicamente enfrentado con el gobierno peronista, que para degradarlo en 1946 lo había “ascendido” de encargado de una biblioteca municipal al cargo de inspector de aves y frutas. Al parecer el irónico ascenso nunca se concretó, sino que la mera proposición motivó la renuncia de Borges.

Las pistas dejadas por Emilia son muy ricas y vale la pena seguirlas. Aparece Félix della Paolera, el “Grillo”, quien en una entrevista de 1999 en el diario *La Nación* introdujo otro elemento político al doctorado: “En 1956, un grupo de izquierda, con el argumento de que Borges no tenía un título universitario, quiso que le sacasen la cátedra de literatura inglesa. Yo conocía al decano de la Facultad de Filosofía, y le conté el caso. Lo nombraron entonces doctor honoris causa de la Universidad, y quedó habilitado para enseñar donde quisiera.” El dato es interesante pues, ciertamente, otra de las novedades para Borges a la caída del peronismo fue ser nombrado en la cátedra de Literatura Inglesa y Norteamericana en la Universidad de Buenos Aires.

249

Un dato también importante y que nos acerca ya a Mendoza es que fue “el Grillo” quien le presentó a Borges a Marcial Tamayo y a Adolfo Ruiz Díaz, nuestro profesor en la Universidad de Cuyo, coautores de *Borges, enigma y clave*, libro que apareció el 11 de marzo de 1955 bajo el sello Nuestro Tiempo, cuando todavía el futuro de Perón era incierto y publicar un libro sobre Borges no era lo más prometedor para un intelectual. De hecho, es el segundo libro que toma al escritor como tema central, después del de Adolfo Prieto, *Borges y la nueva generación* de 1954. Además, es justo decirlo, es uno de los mejores y todavía hoy se lo puede leer con admiración por su prosa y por la solidez de sus análisis que no han envejecido.

Es importante apuntar que ese libro tan notable es enigmático y esconde varios interrogantes de difícil respuesta. Sus autores, dos jóvenes, de 34 años Tamayo y de 35 Ruiz Díaz, sorprenden por la profundidad y erudición filosófica, a la vez que es difícil imaginarlos asociados si se tienen

en cuenta sus desarrollos posteriores. También llama la atención por la personalidad del texto que haya sido escrito en coautoría. Rodolfo Modern en su artículo “Jorge Luis Borges y Adolfo Ruiz Díaz, una evocación”, publicado en 1999 en un anejo del Boletín de la Academia Argentina de Letras en homenaje a Borges, sostiene que la participación de Tamayo fue “más que nada, de carácter simbólico”. La sentencia agrega oscuridad, pues no es claro que es una participación de este tipo en un libro, pero sí se puede decir que el escritor boliviano sólo volvió a publicar un tomo de poesía en 1990, “Demasiada luz”, al tiempo que a lo largo de su vida fue tres veces ministro nacional en su país, la última vez a cargo de la Cancillería en 1983. Lo más curioso es que las dos anteriores gestiones fueron en 1956 y 1958, es decir muy cerca de los tiempos del libro con Ruiz Díaz, quien, por otro lado, desde 1953, con apenas 33 años, había arribado a dar clases en Mendoza en la Facultad de Filosofía y Letras, donde dictó Introducción a la Literatura y Estética.

250

El testimonio de Modern es significativo y agrega datos que vale la pena recordar: “Con el tono elegante y ameno que le era propio, Ruiz Díaz lo recuerda en un homenaje dedicado a Borges, en el cual la Universidad Nacional de Cuyo le otorgó durante una ceremonia celebrada en 1956 el título de Doctor honoris causa, el primero que recibió dentro de una larguísima lista posterior. Allí agradeció la distinción, que le parecía generosa y, como señala Ruiz Díaz, ‘lo alegró que la casa criolla que entonces lo acogía, tuviera un patio al fondo, parecido a los de su niñez’. También hizo hincapié ‘en el esplendor de su cerezo’. Al día siguiente se realizaba un acto público en el teatro Independencia de Mendoza, rebotante de público. Borges, según la evocación de Ruiz Díaz, ‘disertó sobre Yeats y reunió en una imagen tan sobria como emocionante al poeta irlandés con José Hernández’. Comunicaba entonces a sus oyentes que la conjunción de dos destinos era una de las convicciones definitivas de su propia vida. Y que comprender a un escritor significaba purificarlo de las contingencias externas tan gratas a los manuales. Las fechas, las distancias, los idiomas, continuaba, son meras apariencias inertes y engañosas si no se las refiere a la misteriosa unidad esencial del hombre. Y le sigue una anécdota graciosa. Borges deploraba en un encuentro con una flamante profesora de inglés, que

algunos poetas antes famosos ya no eran leídos, por ejemplo, Robert Browning. En palabras de Ruiz Díaz, la interlocutora le contestó con aplomo ‘que sí lo leía y que se contaba entre sus preferidos’. No hacía falta más. Borges se olvidó del gentío que lo rodeaba. Lo único importante en el mundo eran Browning y una mendocina capaz de recordarlo. Ambos frente a frente, en una fervorosa payada se pusieron a alternar versos y versos’.”

La figura de Ruiz Díaz, quizás injustamente olvidada, toma vuelo en su relación con Borges. Adolfo fue el maestro de los muchos que pasamos por sus cátedras y con sus alumnos desplegó ese encanto el que alude Modern y que lo emparenta de modo singular con Borges y su doctorado de 1956. No sólo por su extraordinario libro, sino por sus muchos artículos, varios de los cuales conservo dedicados, como testimonio de aquellas largas charlas en la facultad o en su inolvidable estudio del callejón Delgado.

Quien también nos recuerda aquella relación de nuestro profesor con Borges es su viuda, Amalia Ugo, (https://www.lagazeta.com.ar/borges_jorge_luis_anecdotalario.htm) testigo privilegiada de varios capítulos de esa larga amistad:

251

“Llegó a Mendoza en tren, en compañía de su madre, Leonor Acevedo. Esa mañana lo esperábamos, junto a varios escritores locales, en la estación San Martín.

-¡Maestro!- le dijeron. Y tras los saludos, le preguntaron qué estaba escribiendo.

-En el tren era difícil dictarle a madre -dijo-; pero he pensado algunas coplas, esas que parecen de todos y que ya debieran estar escritas.

Le rogaron que recitara alguna y Borges primero separó suavemente a su madre diciéndole: ‘Vaya para allá, madre, por favor’. Entonces dijo:

‘Hay en medio de la plaza
 del pueblo de Pehuajó
 un letrerito que dice
 la puta que te parió.’”

Al estilo payada, Ruiz Díaz agregó:

‘Una plaza y un ombú
 hay en el pueblo de Pando
 y un perrito negro y blanco
 que te va a sacar cagando.’

Las risas distendieron los ánimos y se produjo el acercamiento cordial que quedaba trunco frente a Borges, debido a su respetada y temida

intelectualidad. De allí fuimos al Instituto de Lenguas y Literaturas Modernas -así se llamaba entonces- en calle 9 de Julio. Dos alumnas - Magda Castelvi y Marta Gómez- buscaban algo en el fichero y al volverse, vieron a Borges. -¡Profesor Borges! -exclamaron efusivas y emocionadas.

Al atardecer, realizaron el acto académico en el Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras. Tras la parte protocolar, Borges agradeció: - ¡Qué bueno! -dijo, acariciando el tubo que contenía el diploma-. ¿Así vienen los diplomas? ¡Cómo se van a divertir mis sobrinos! ¡Muchas gracias! Hoy por la mañana, unos colegas que fueron a recibirme a la estación, me dijeron ¡Maestro! Y yo no soy maestro. Después, en el Instituto de Ruiz Díaz, unas alumnas me dijeron: ¡Profesor! Y yo no soy profesor. Y ahora me dan una mención universitaria. ¡Qué carrera rápida que he hecho! Voy a decirle a mis amigos que no pierdan el tiempo en Buenos Aires y que se vengán sin tardanza a Mendoza.”

252

La relación de Ruiz Díaz con Borges fue muy extendida en el tiempo. Alguna vez el profesor acompañó a sus alumnos en viaje de estudios a Buenos Aires y luego de visitar una exposición de artes plásticas se reunieron con Borges. El último encuentro fue en San Juan, en 1984, cuando durante el Congreso Nacional de Literatura Argentina Borges recibió otro doctorado honoris causa. Algunos de los alumnos de Ruiz Díaz nos enteramos de aquel encuentro del que no pudimos participar porque fue notorio el aislamiento al que los organizadores condenaron al ya anciano escritor homenajeado. Variados son los testimonios, pero una de las anécdotas más sobresalientes es que los dos viejos amigos hicieron una payada de sonetos de la lengua española, en la que ambos recitaron de memoria algunos de sus predilectos con la intención de fijar una antología. Las trampas de la memoria no han estado ausentes porque durante años recordé que Adolfo me contó que el objetivo eran los peores sonetos de la lengua castellana, lo cual es un muy bello proyecto. En un testimonio de Amalia que leí hace poco ella sostiene que era de los mejores. La verdad es que es más confiable su versión, pero me gusta más la mía.

He aludido al testimonio que me entregó escrito Emilia de Zuleta. Su hijo Ignacio lo entrevistó a Borges en la televisión marplatense el 18 de agosto de 1981, (<https://borgestodoelanio.blogspot.com/2017/01/jorge-luis->

borges-entrevista-en-mar-del.html) allí se desarrollan recuerdos borgeanos que vienen a cuenta: “Della Paolera, que me vincula tan gratamente a Cuyo, donde me doctoraron por primera vez en la vida, y después otras universidades han plagiado a Cuyo. Harvard, La Sorbona, Tucumán, La Plata, Oxford, todas esas. Ese doctorado es el que me conmovió más, claro. Y era el primero. Jamás había soñado ser doctor. Yo era un vago bachiller ginebrino, pero llegar a doctor, así en un acto en un gran teatro, fue una gran sorpresa para mí, y eso llegaba desde tan lejos, desde Mendoza. Más lejos antes que ahora, ya que viajamos en tren, salimos al alba de Retiro, y llegamos al alba del otro día a Mendoza, y Félix della Paolera había estado toda la noche caminando de arriba abajo, sin dormir. Bueno, no había mucho que hacer en Mendoza, nos esperó en la estación y nos llevó al hotel. Y al lado del hotel recibí ese doctorado que me ha conmovido más.”

Estos recuerdos nos proporcionan otro dato. Borges y su madre pararon en el viejo Plaza Hotel de la calle Chile, frente a la Plaza Independencia, que está al lado del teatro Independencia, donde fue el acto protocolar que recordaba Borges ante las preguntas de Ignacio Zuleta.

253

Las circunstancias que dieron origen a la entrega del doctorado fueron seguidas con interés por la prensa de entonces. El diario *Los Andes* del 23 de abril de 1956 anunciaba el inicio de una importantísima Jornada de Cultura Británica, con la presencia del embajador en Buenos Aires, sir Francis Evans y con la organización de Extensión de la Universidad de Cuyo y del Consejo Británico de Mendoza. El encuentro duró toda la semana y fue el marco ideal para la distinción a Borges. El viernes 27 el matutino anunció para las 19 la conferencia “Destino y proezas de William Bustler Yeats”, a la par que comentaba la proyección del “Hamlet” de sir Lawrence Olivier. La elección del tema para su charla merece alguna puntualización, pues Yeats es un autor al que Borges nunca le dedicó uno de sus muchos artículos sobre literatura inglesa. Sin embargo, eligió versos del poeta irlandés como epígrafes a dos de sus cuentos memorables, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz” y “Tema del traidor y del héroe”. Por desgracia, el texto de lo dicho por Borges aquella jornada mendocina se ha perdido en el tiempo.

Al día siguiente, el sábado 28, el titular era “Título de doctor honoris causa se dará hoy en Mendoza a Borges” y estaba acompañada de una larga entrevista hecha según testimonia la foto, pues la nota no está firmada, por Antonio Di Benedetto, que meses más tarde daría a conocer su novela *Zama* y que sería invitado por Borges en 1958 a la Biblioteca Nacional a hablar de literatura fantástica a partir de una relación que muy probablemente se haya anudado en ese trabajo periodístico de 1956.

La publicación de *Los Andes* dio pie en especial a dos tipos de precisiones por parte de Borges (entrevista reproducida en Di Benedetto, Antonio. *Escritos periodísticos*. Investigación, selección, prólogo y notas de Liliana Reales. Adriana Hidalgo, 2016). Habló sobre todo de sus concepciones literarias, pero también se explayó de modo muy singular sobre la situación política del momento. Di Benedetto introduce su crónica puntualizando que Mendoza esperaba desde tiempo antes a Borges, quien iba a venir invitado por la Sociedad Argentina de Escritores, pero que dos visitas se habían frustrado por su salud visual la primera y la segunda por “la prohibición policial de los actos de la institución”, en referencia a la SADE. El comentario daba cuenta del clima político durante el peronismo, al que Borges aludía al decir con ironía que se registraba un déficit en la cultura nacional. “Al cabo de 12 años de fomentarlo, por inexpertos que fueran tenían que conseguirlo”, nótese que remitía el inicio de ese déficit cultural a la revolución del '43, a la que consideraba como el pórtico del régimen al que evitaba nombrar. Con respecto al modo de desandar el camino sostenía: “no hay método. Será parte de la convalecencia del país”. Pero iba aún más allá en su análisis y se refería al debate sobre el arte comprometido: “Antes yo estaba en contra, pero he cambiado, me parece bien, sobre todo frente a esta época revolucionaria. Yo mismo me he comprometido. Pero tampoco puedo recomendar esto a nadie”. Para rematar se refería a intelectuales que habían adherido al peronismo diciendo: “Entre los limitados había gente afiliada al régimen. Algo en ellos se rebelaba. Como escritores no podían celebrar ese sistema y al hacerlo lo hacían mal, con vergüenza e incomodidad”, al tiempo que revelaba estar componiendo un cuento sobre la Revolución y también poesías. Estas confesiones

confirman lo apuntado por Emilia de Zuleta sobre la connotación política que también tuvo el doctorado.

La crónica del domingo 29 de abril en *Los Andes* comentando los detalles del acto de entrega del doctorado se cerraba anunciando para ese día a las 11 una charla de Borges sobre el Quijote en la sede de Filosofía y Letras, Las Heras 430. El matutino consignaba que la mesa académica, montada en el escenario del teatro Independencia, había estado integrada por el interventor interino de la universidad, Hernán Cortés, el secretario general, Guillermo Petra Sierralta, el prosecretario, Rubén Calderón Bouchet, el interventor de la Facultad de Filosofía y Letras, Ángel Lapieza, los interventores interinos de Ciencias Agrarias y Medicina, Mario Barraza y Redento Basso, el director de la Escuela de Lenguas Vivas, Antonio Salonia, además del doctorando, por supuesto. En el público estaba el intendente de Mendoza, Rafael Ruiz López y magistrados de la Suprema Corte.

255

Le tocó al profesor Calderón Bouchet leer los fundamentos de la Ordenanza N° 23, del 25 de abril que deja en claro la intencionalidad política del doctorado, pero también hace una premonitoria valoración de la trascendencia de Borges como escritor, si tenemos en cuenta, como dice Emilia de Zuleta, que recién comenzaba la difusión pública de su importancia para el mundo de las letras. El texto apunta:

“Que es inherente a la esencia misma de lo universitario ubicar en este rango a quienes acrediten una relevante actuación y una ponderable influencia en la cultura nacional;

“Que Jorge Luis Borges es una de las figuras de mayores proyecciones en la literatura contemporánea argentina, estimación en la que coinciden la crítica del país y del extranjero;

“Que la vasta y óptima producción literaria configura un estilo originalísimo, un rigor del pensar y una revalorización idiomática infrecuente en las mejores literaturas de cualquier época;

“Que tales méritos están siendo justamente aquilatados por los más representativos organismos de la cultura y del gobierno de su patria, según lo demuestran su designación como Director de la Biblioteca Nacional,

como profesor honorario en la Universidad de Buenos Aires o como miembro de la Academia Argentina de Letras;

“Que debe figurar en la lista de honor de una Universidad el nombre, ya ilustre, de un escritor a cuyas brillantes cualidades se suman un esfuerzo sostenido, una esclarecida noción de su responsabilidad intelectual y una firmeza moral probada en todos sus actos;

Que un ejemplo de trabajo, conducta y capacidad es la mejor pauta para los que quieren formarse en las arduas exigencias de la vida universitaria;”

Luego de que el decano Lapieza, en representación del rector, ausente de la provincia, hablara, Borges agradeció. Aludió al poema “Miedos y escrúpulos” de Robert Browning. Un individuo oscuro se cree amigo de un hombre ilustre, imagina que le dirige saludos, incluso algunas cartas, pero al fin duda de su existencia y se lamenta de no ser el destinatario de ninguna señal clara de esa amistad. Borges remató preguntándose si ese amigo no sería Dios y analizó que el poema simbolizaba la ambigua relación del hombre con lo divino. La parábola urdida lo llevó a saltar a la relación del escritor con sus lectores y se refirió a la incertidumbre de quien escribe y no sabe cómo es recibida su escritura, lo cual a lo mejor lo lleva a considerarse “solo y fracasado” sin que le llegue antes de la muerte el testimonio de que sí es valorado. El bello recorrido lo llevó a una sentida declaración: “Yo escribí y trabajé mucho estos años, y no supe si estaba solo o no. Este hecho de hoy es testimonio de que aquella soledad fue ilusoria y también es testimonio de la existencia de amigos comprensivos y generosos”. Quizás, esta declaración une los dos sentidos a los que aludía al principio como significativos en aquel doctorado honoris causa. Hay en ella una instancia que podría ser leída como política, la del escritor que ha estado aislado por un régimen hostil, pero también aparece la del creador que no ha alcanzado aún una relación estrecha y abierta con lectores desconocidos, con un público amplio.

La visita de Borges terminó la noche del domingo en el Círculo de Periodistas donde fue agasajado por la SADE mendocina. Entre escritores, recordó a Enrique Banch y dijo algunos de sus versos. Del encuentro dio cuentas *Los Andes* el lunes 30. Esa mañana Borges había tomado el tren de

regreso junto a su madre. En Buenos Aires, al día siguiente, el martes, los esperaban a Georgie y a doña Leonor, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo en Retiro, tal como quedó registrado en el diario de la amistad de los inventores de Honorio Bustos Domeq.

Para terminar este recorrido vale la pena aludir a una imagen que me llegó de casualidad, que no he podido encontrar en ningún otro lugar salvo en la tapa del suplemento *Primer Plano* del diario *Página/12* del domingo 25 de febrero de 1995. Allí se anuncia una entrevista desconocida y se ve a un Borges anciano, sentado en su austera cama de hierro, en su habitación en la calle Maipú. La foto es en blanco y negro, Borges viste un elegante traje a rayas, de solapa ancha y lleva una corbata de grueso nudo que podemos imaginar amarilla. A su izquierda, en la pared cuelga un diploma con un marco muy sobrio. Detrás de la cama hay unas puertas de un armario que está clausurado por el respaldo de la cama y una mesa de luz. Sobre ella está el picaporte de la puerta y sobre una de las hojas hay dos objetos: un tigre que parece de porcelana y que en algún escrito perdido he leído que es azul y sobre la cabeza del felino pende otro diploma, sin marco, que se puede imaginar apenas detrás de un vidrio. El escudo es inconfundible, es el de la Universidad Nacional de Cuyo, tan caro a quienes pasamos por ella, con el cóndor y la inscripción en el libro *“In spiritu remigio vita”*, felizmente traducido “en el espíritu aletea la vida”.

257

He atesorado ese suplemento entre cientos de diarios, porque comprendí que esa foto nos demuestra sin dudas que muchos años después de aquel doctorado de 1956 Borges lo seguía teniendo entre sus recuerdos más preciados, al punto de conservarlo en su cuarto, en su mayor intimidad, aún cuando por su ceguera no pudiera descifrar las letras de ese cartón. Al empezar a preparar este artículo lo busqué y por suerte, después de mucho revolver y de seguir varias pistas falsas porque imaginaba esa foto en otros lugares, di con el viejo diario. Sentí la felicidad de volver a comprobar que el amor de Borges por esa casi secreta universidad a la que tantos le debemos tanto no era una construcción falsa de mi memoria sino una realidad inobjetable.